

Gervasio y Protasio, Santos

Santoral / Santoral

Por: José Gros y Raguer | Fuente: multimedios.org

Hermanos Gemelos Hijos de San Vidal y Santa Valeria, estos dos hermanos, en la carne y en la fe, padecieron martirio en Mil, en el siglo I. Sus reliquias fueron halladas providencialmente por San Ambrosio, y desde entonces la Iglesia les tributa culto. Fiesta: 19 de junio.

Gervasio y Protasio son dos nombres que encontramos en las letanas de los santos y en frecuentes conmemoraciones martiriales, y que corresponden a dos hermanos milaneses que vivieron en el siglo I y merecieron la palma del martirio. Todo lo que sabemos de ellos lo debemos a San Ambrosio y a San Agustín, que nos explican, en sus escritos, cómo el primero halló hacia el año 386, las reliquias de estos dos gloriosos mártires de la primitiva iglesia milanesa.

Sus vidas permanecen ignoradas, porque no se han conservado testimonios de su tiempo, pero el hecho del hallazgo de sus despojos es muy elocuente que todas las actas que pudimos tener. No importa que se hayan perdido los testimonios de sus buenos ejemplos y de sus hermosos. Lo importante para la Iglesia son sus reliquias, que proclaman perennemente la fe de aquellos hombres que supieron permanecer fieles a Cristo aun a costa de la propia vida. Su canto heroico trasciende a la misma muerte y nos llega a través de los siglos como un mensaje del Dios vivo, que nos mueve a la fidelidad.

Y si bien su historia está envuelta por la leyenda, por carecer de testimonios de sus días, no nos faltan los de ambos Santos Doctores de la Iglesia, que nos explican cómo Dios quiso que fuesen halladas las reliquias de aquellos dos mártires, cuya memoria ya casi había desaparecido de entre los cristianos. En la carta a su hermana Santa Marcelina, San Ambrosio nos cuenta cómo debiendo consagrar el nuevo templo de Mil, muchos le rogaban que lo hiciera con gran solemnidad. Respondió lo haré si hallaba reliquias de mártires, sintiendo en aquel mismo momento un movimiento interior, que le pareció presagio de lo que había de suceder. San Agustín, que por entonces ocupaba el cargo de maestro de retórica en la escuela de Mil, nos explica con su emocionante y sugestivo estilo de las Confesiones cómo se vio confirmado este presagio del gran obispo Ambrosio.

Entonces dice el muy ilustre de los Padres occidentales, dirigiéndose a Dios fue cuando por medio de una visión descubriste al susodicho obispo el lugar en que yacían ocultos los cuerpos de San Gervasio y San Protasio, que tú habías conservado incorruptos en el tesoro de tu misterio tanto así, a fin de sacarlos oportunamente para reprimir una rabia femenina y además regia. Porque habiendo sido descubiertos y desenterrados, al ser trasladados con la pompa conveniente a la basílica ambrosiana, no solo quedaban sanos los atormentados por los espíritus inmundos, confesando los mismos demonios, sino también un ciudadano, ciego hacía muchos años y muy conocido en la ciudad, quien, como preguntara la causa de aquel alegre alboroto del pueblo y se le indicasen, dio un salto y rogó su lazarillo que lo condujera al lugar; llegado allí suplicó le concediese tocar con el paño el feto de los santos, cuya muerte había sido preciosa en tu presencia. Hecho esto, y aplicado después el paño a los ojos, recobró al instante la vista.

Al punto corrió fama del hecho, y al punto sonaron tus alabanzas, fervientes y luminosas, con lo que si el ímpio de aquella adversaria no se acerca a la salud de la fe, se reprimirá menos en su furor de persecución. Gracias te sean dadas, Dios mío.

La adversaria de San Ambrosio a quien se refiere San Agustín, era Justina, la madre del emperador Valentiniano, todavía ni, que perseguía al santo obispo porque ella era arriana y encontraba en el gran defensor de la ortodoxia católica.

Ante el hallazgo de aquellas reliquias, a través de las que Dios se dignó realizar tales prodigios, pudo exclamar con razón el gran obispo de Mil: Nuestra Iglesia ya no es estilo. No era infundado el gozo del santo: los cuerpos enteros de dos hombres de admirable estatura, hallados en las mismas puertas del templo de los Santos Félix y Nabor, eran los cuerpos de dos jóvenes campeones de Cristo. Por si alguno dudase de ello, quiso Dios mostrar su complacencia hacia los restos de aquellos hombres, obrando por ambos los milagros que nos narran San Agustín y San Ambrosio. te puedes ya consagrar los altares con la deseada solemnidad, y dirigirte a tu pueblo con el primer panegíco que se hacía en la Historia de los dos gloriosos mártires.